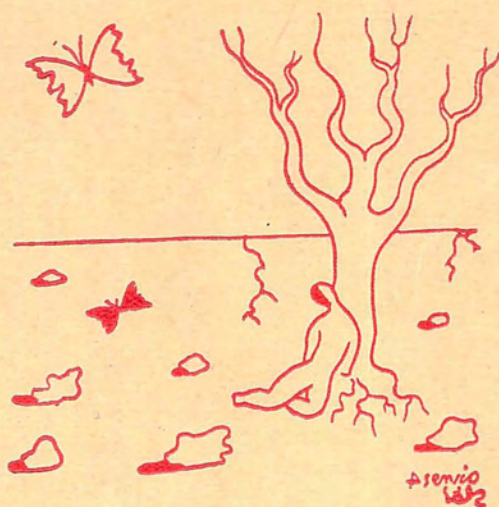


BODAS DE PLATA CON LA MUERTE

ANDRÉS CEGARRA SALCEDO

1928 - 1953



EDICIÓN HOMENAJE

La biografía de Andrés Cegarra Salcedo, está resumida en esta sola palabra: Dolor. Físicamente inmóvil, su espíritu adquirió toda la fortaleza y agilidad que faltaba a sus miembros jóvenes y enfermos. Y el pensamiento se le hizo torrente de luz. Y el corazón se le desbordó en nobleza y hermosura. Fué un elegido. Por su breve vida. Por su obligado apartamiento de la ruta ambiciosa de los hombres. No tenía puesto en la tierra. Cada hora un escalón mejor hacia la altura. Sueños que se convierten en cuentos emocionados; ilusiones perdidas que se hacen poemas enternecedores; recuerdos lejanos que forman líneas poderosas de paisajes, con montañas entrevistas y cielos despiertos a un silbo de viento, como música olvidada, en la caracola de los oídos. Girones de prosa... Pedazos de alma. No se ven sus lágrimas. Su voz se alza

en lenguaje depurado, bello y amable, con sombras de tristeza y melancolía, a veces; con ironía amarga y sutil, otras; pero siempre, el tesoro magnífico de la fé y la esperanza —sostén divino— donde apoyarse.

Un cerebro mediano hubiese naufragado en la desesperación; pero Andrés Cegarra, excepcional, flotó sobre su ruina corporal, creador de bellas páginas que lo desafián del suelo, en cotidiana resurrección. Su nombre se hace inolvidable por la admiración que despierta su vida ejemplar, de abnegada resignación, y la calidad de su variada obra literaria.

A los veinticinco años de su muerte, la memoria conserva caliente esta figura de hombre desaparecido en plena juventud, inteligente, sufrido, escritor inspirado, que, libre de trabas terrenas, pudo acercarse, cantando, a los pies de Dios.

Es Propiedad. Esta edición
consta de 300 ejemplares
numerados.

Ejemplar N.º.....268

S U M A R I O

MARIA CEGARRA SALCEDO: Andrés, ausente.—JOSÉ BALLESTER: En Silencio.—RAIMUNDO DE LOS REYES: Elegía a Andrés Cegarra Salcedo.—FRANCISCO ALEMAN SAINZ: Andrés Cegarra, escritor.—MIGUEL FERNÁNDEZ: Minero Andrés.—CARMEN CONDE: Andrés, amigo.—RODRÍGUEZ CÁNOVAS: En la cárcel del cuerpo.—PEDRO GARCÍA VALDÉS: Andrés Cegarra, editor.—ANTONIO OLIVER: Andrés Cegarra.—E. GIMÉNEZ CABALLERO: Andrés Cegarra y La Unión.—ASENSIO SAEZ GARCIA: Andrés muerto.—PROSAS DE ANDRES CEGARRA SALCEDO.

«Spiritus promptus est...
caro, autem, infirma».



A N D R É S , A U S E N T E

No puedo imaginarme el paisaje que vives,
ni cómo saltarías la escalera de nubes apretadas,
ni qué brazos de viento poderoso,
de palmera en milagro con millares de dedos afilados
sosegaría tus pulsos.

Rotas ya las incógnitas,
deshecho el enigma inquietante,
puedes mirar a Dios con tus ojos de lluvia,
contarle quedamente tus tristezas
y cómo es en los hombres la esperanza de su misericordia.

Veinticinco años tienes en la aurora divina,
en el pasmo glorioso de tu alba.

Tus padres te acompañan en la fecha celeste.
Caliente está tu madre todavía del sudor de la tierra,
pero acudió, tenue, sufrida,
a tus bodas de plata con la eternidad.

¿Con qué palabras cantas?
¿Cómo es el verso que cruza tus mundos?
¿Qué músicas desnudan tus oídos?
¿Qué sentimientos llevas en el pecho?

Correr, correr, será uno de tus cielos.
Dios te lo mandará con ímpetu suave y complacido
de premio bien ganado.
Atrás los faros, las cimas y las torres,
bajo tus pies las aves.

Los ángeles, de un vuelo, suavizarán vertientes luminosas,
para que tú discurras impalpable,
pues todo serás luz, inconsumible, abierta,
en el gajo sin carne de la luz.

Así estamos unidos. Entre tus dedos llevas nuestro tiempo.
En nuestras frentes vas sin apagarte.

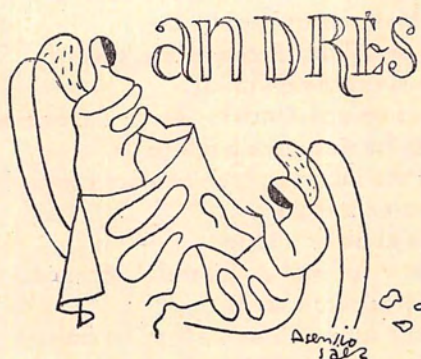
Tus hermanos sabemos cuan potente y erguida
es tu nueva existencia;
nos lo dice el amor y la fe
del callado y caliente palpitar del corazón.

Los astros serán tuyos,
podrás pisar sus cumbres y elegir un balcón
donde mirar, sereno, sonriente, desbordado en ternuras,
nuestro recuerdo vivo,
sin traiciones,
en este soplo ausente de veinticinco años.

E N S I L E N C I O

He intentado trazar estas líneas varias veces, y siempre se me ha resistido la pluma. ¿Estamos seguros, cuando nos proponemos decir algo con esmero literario, con forma bella, de no enturbiar, aunque sea levemente, ese precioso don de la sinceridad? A la memoria de Andrés, por ministerio de unas palabras escritas, quisiera yo llegar tan limpio de toda otra intención como cuando se reza a Dios. Porque no me puedo sustraer a la idea lógica de que él es desde su ausencia, un alma de las que a Dios nos conducen o de El nos deparan beneficios. En el dolor se hizo crisálida de santo con tan hermosa paz espiritual, con tan admirable dedicación a la belleza, reflejo divino, que no cabe pensar de otro modo.

Evocaciones me asaltan muchas que pudiera traer aquí, y me cuidaría de dibujarlas como mejor pudiera y de teñirlas de colores agradables; pero eso sería para deleite del lector y no para tributar homenaje al amigo perdido en la tierra y hallado sin verlo ni sentirlo materialmente, allí donde esperamos encontrarlo pronto. Sea, pues, el homenaje mío, en esta disposición que diríamos ascética, anunciar un silencio. Eso sí, no un silencio vacío como el de los que no creen en una vida ulterior, si no con plenitud de contenido cristiano. Que a eso tiene derecho quien nos hizo mucho bien con su ejemplo de sacrificio y con las maravillas de su obra.



J O S É B A L L E S T E R

ELEGÍA

A ANDRÉS CEGARRA SALCEDO

Amigo mío ausente...
En el recuerdo inmóvil te quedaste
en la misma postura en que viviste.
Tendida conocí tu arquitectura,
abatido nogal no carcomido
con prodigiosos brotes
en el reseco tronco inútil...

Tuvo
que ser así, porque la arcilla débil
para el peso del genio que aguantaba,
se tendió en andadura de camino
fracasado su alarde de columna.

Fuiste, hermano mío en la gozosa
concepción de las cosas y los hombres,
el manantial de ocultas resonancias
que da a la vida sonos deleitosos
de generosidades amorosas.
Hablar contigo daba a la palabra
jerarquía de luz, vuelo de idea,
y tu presencia, desmayada antorcha,
proclamaba a los vientos
la sublime razón de ser humano
que convierte el dolor y la tristeza
en alegre servicio a Dios clemente. •

Tú ya no estás allí, bajo el radiante
cielo de claras luces marineras;
ni estás entre tus libros olvidados
como se olvida al fin lo pasajero.
Estás aquí conmigo,
tendida afirmación de lealtades,
dando a mi corazón atosigado
renovados alientos de existencia...

Y en el hombro en que un día
te apoyaste camino del reposo
que anhelabas con tanto afán, me nacen
inmarcesibles rosas de recuerdo
que perfuman mi vida de nostalgia
y te traen hasta mí resucitado.

ANDRÉS CEGARRA, ESCRITOR

Resulta emocionante, para un escritor de treinta y tres años, escribir sobre alguien, con preocupaciones semejantes, muerto a los treinta y tres años. Un hombre de mi tierra, que dejó de ver estos montes, y aquel mar, y estas muchachas, y este cielo, en este mismo año personal mío. Los muertos tienen, para siempre, aquella edad en que llegaron a la muerte portadores de una vocación; y para mí, escritor bueno o malo, mejor o peor, es un acto de responsabilidad y entendimiento éste de tratar de un hombre que dejó unos artículos y unos cuentos; un hombre que dejó escrito, poco más o menos, exactamente lo mismo que yo traigo hecho hasta su misma edad.

Es, pues, esta participación mía aquí, la de alguien que se encuentra con la muerte en otro ser humano, para quien, de haberle conocido, hubiese previsto todas las venturas y las glorias Andrés Cegarra, era, es, un escritor con toda la nobleza de que es capaz un escritor en sus primeros años de trabajo, cuando las cosas y las personas se presentan nuevas, sin cansancio. Puede que no se llegue a ser un Balzac, un Cervantes, un Goethe, pero ¿quién es el escritor que no ha tenido sus momentos de cualquiera de aquéllos? Puede que luego las cosas no nos den para más, que nos quedemos mucho más abajo de la mitad del camino, pero la alegría y la congoja de algunos instantes es la misma. Todos empezamos igual, como los atletas que inician su carrera desde la línea de salida. El punto de partida es el mismo.

Andrés Cegarra era un escritor que sabía dar a su prosa toda la ternura que solicitaba. No hay nada tan emocionante como tomar un libro de un escritor muerto en la juventud y tratar de sondear el futuro de una obra que no ha llegado a realizarse. Desde hace veinticinco años, Andrés Cegarra Salcedo está muerto en los treinta y tres años de su vida, como una promesa de exactitud y de dominio en lo que él llamaba «este pobre empeño de transmutar en literatura mi dolor».

Pienso que Cegarra podría haber sido el escritor de estas tierras nuestras, con una prosa sencilla y suave, que a veces se levanta igual que una herida. Me encuentro unido, a Andrés Cegarra, en algo tan importante como la intención. Cegarra quiso hacer, en la literatura de este sector hispánico, lo que yo he querido apuntar: el tono menor, lo fugitivo que se escapa, la ceniza de los silencios y el encuentro en las últimas esquinas de la ciudad. Por eso, cuando Cegarra evoca su tiempo de estudiante, sus llegadas a Murcia, dice que, a más de examinarse, venía a ver pasar el agua bajo el doble arco patinado del viejo puente. «Y aquella visión fresca y rumorosa de los árboles y del río nos acompañaba ya todo el año—fino dardo de nostalgia en el páramo estéril, seco y gris». Este es el Cegarra que dispone de paisajes como aquel donde late un Julio Renard tierno

—sin la antipatía del escritor francés—, donde habla de un álamo atado como un perrillo porque el agua del pozo es amarga y el río pasa cerca. «Pienso —escribe Cegarra— que si el dueño de todo suelta a su álamo, el gracioso árbol se marchará hasta el río, como un libertado perrito labrador». O este paisaje de septiembre tan bello, tan expresivamente explicado: «El silbo de los pinos es el ensayo de una música de flautas; los domesticados naranjos dicen abónico cosas lentas y sesudas; unos álamos se entretienen en imitar con cierta maña el ruido de un chaparrón; y las tias cañas rubias, con sus plumeros grises y sus hojas cortantes, ¡qué escándalo han movido, qué chismorreos de vecinas en el mercado, cuánta fantástica mentira se han puesto a contar con prisa, todas a la vez!» Aquí, Renard ha dado paso a Debussy. (De los cuentos de Andrés Cegarra me ocuparé muy pronto; es éste un emplazamiento).

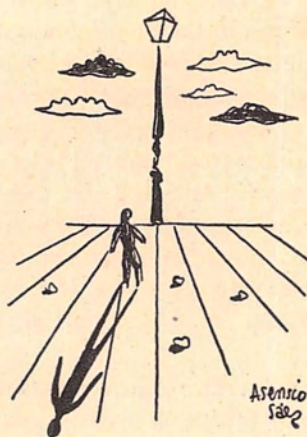
Para mí, Cegarra es más que una promesa de escritor cercenada por la muerte en la gran guerra de la enfermedad. Su cita con la muerte estaba lejos de aquélla que Alan Seeger cantaba en las trincheras de 1914 con voz emocionante, un día de ataque, cuando volviese la primavera. La de Cegarra fué más sencilla y más dolorosa. Era la muerte un escritor con todos los caminos abiertos. De un escritor que había escrito bellas páginas oyendo, a través de la radio, los ruiseñores que cantaban en la noche primaveral de un jardín inglés, pero que había puesto en línea creadora su dolor de hombre. «Ahora, y todo el año, y siempre nieva en mi corazón».

Para mí, Cegarra es una conversación que no se ha realizado, unos cigarrillos que no pudieron fumarse, a la vez, en el mismo minuto. Ahora, algunas tardes, relejendo la «Antología» de Cegarra pienso en él, muerto a los treinta y tres años, como en un hombre de mi generación. Veo a Cegarra, doliente, con la gran tarde española ante los ojos. También él veía a España, amaba a España, por el camino de la crítica, llegaba al amor por el disgusto, por la incomodidad.

Dejó colgada del recuerdo su grave traza de escritor. Yo le pienso en el diálogo de estas tardes de invierno, junto al fuego de la chimenea, con el aire helado cruzando las calles. Mientras tanto, reescribe en letra impresa aquello de que sería «siempre, sin posible remedio, esta cosa tan triste, tan idiota y tan bella: un soñador».

Cegarra era un soñador. Pero ¿quién ha dicho que el soñador es el hombre que vive fuera de la realidad? Cegarra era un soñador, y un soñador es el que ve la realidad con una función creadora. No veía una realidad pequeña, sufridora, sumisa. Cegarra, en un folleto de poco más de medio centenar de páginas, canta la realidad fecunda de un trozo de España de trabajo y de sueño, las minas y el mar bajo un cielo limpio. Se titula el folleto «La Unión, ciudad minera». Canta allí las ciudades humildes, pero con las razones de esa férrea realidad que los pequeños conocen con el nombre de sueño.

Con estas breves notas sobre Andrés Cegarra Salcedo, yo no he querido descubrir nada. He tratado, tan sólo, de unirme a sus amigos; de poner, en esta tarde última del año, desde esta Murcia que él visitaba a punta de nostalgia, para mirar el río y los árboles, la voz de un escritor murciano que habla de otro escritor murciano, como aquella historia que contaba a la oscuridad un personaje de Rilke. He tratado, solamente, de que un español de treinta y tres años, muerto en La Unión, llevándose la promesa de su obra, reciba en esta última tarde del año las palabras de otro escritor de su tierra, casi recuerdo, casi elegía, mientras el sol se hunde tras las últimas casas, para reaparecer en otro año.



F R A N C I S C O A L E M A N S A I N Z

M I N E R O A N D R É S

—OIGA, Andrés está minando bajo tierra de pura ternura. Fijese que lleva veinticinco años dentro de ella y aún no aparece. Andrés está minando la ancha pulpa que cubre todo el litoral. Y se va a tropezar con el mar. Como siga con esa luz que Dios le ha dado se va a tropezar con el mar. Solamente estuvo en Cabo de Palos para verlo. Y sé que andará bajo tierra buscándole. Porque no hay gaviota que roce ese escalofrío de la orilla mejor que el agua derramada de sus ojos. Andrés está minando la tierra, le digo que debe haberse encontrado con el fuego que levanta los árboles. Y lo estará mirando todo el rato, todo el rato de veinticinco años. Y es que se queda mirando las tejas, la montaña, los retratos, y se le salta la luz que lleva como si fuera una gaviota. Por eso le dije antes que seguro, se está minando bajo tierra para llegar al mar y verlas felices. No sé, no sé si luego se va a poner a escribir desde su mina, pero cuando lo hace, es igual que si al aire le echaran miel; como si soltaran las colmenas y toda la atmósfera se pusiera rubia, con vedejitas de algodón sorprendidas. Le advierto que es verdad, se parece mucho a D. Gabriel Miró... Vd. ya sabe, y todo Levante, ante Andrés, no puede ponerse más luminoso; con barandas transparentes, con salinas cuadradas puestas a secar. El amarillo de este pueblo se está volviendo pardo de tristeza. Es que las minas se van agotando. Vd. ya sabe y, naturalmente, la gente mira con un sólo ojo para no ver al pueblo en relieve. El relieve de este pueblo es Andrés, por eso le digo que la gente mira a medias para seguir creyéndose que Andrés está todavía con treinta y tres años, que no se ha ido a la mina, que sigue bajo esos marcos: Madame Curie, Juan Ramón Jiménez, que presiden el laboratorio. Que el polvillo de plata de las minas está lloviendo como una navidad sobre la tierra y que Andrés, a pesar de todo, hace un rato de veinticinco años se fué a pasear bajo ella... Porque Andrés, seguramente, estará contemplando el fuego que levanta los árboles, ¿no ve cómo quema, cómo quema el recuerdo...?

M I G U E L F E R N Á N D E Z

A N D R É S , A M I G O

CON cierto deseo de historiarnos, querida memoria de Andrés, porque creo que quedaremos vinculados profundamente a la literatura de nuestra provincia, voy a recordarte cómo nos conocimos, y nos encontramos tantas veces en tu casa, en tu habitación llena de tu voz más que de toda otra vida. Son veinticinco los años de tu ausencia humana, y éstos cuentan, no diré que pesan..., en mi existencia ¡Era tan jovencita cuando te escribí por vez primera, enviándote una novela mía muy doliente, muy repleta de argumento! Yo había oído hablar de tí mucho, a la hija de mi profesor de Francés, con motivo de cierto concurso literario celebrado en el cuartel de Infantería, en Cartagena, donde habían premiado a tu hermano. Y por eso supe quien eras, que estabas enfermo, que acababas de publicar un libro llamado GAVIOTA... El pariente de una amiga mía, que iba todas las semanas a La Unión y que te conocía, fué el encargado de comprar aquel libro para mí. Cuando lo leí te escribí y te mande aquella novelita mía titulada nada menos que «El reino de los que sufren».

Me contestaste en seguida, felicitándome (por mi innegable desparramo) y dándome consejos literarios que se resumían en esto: no porque se sea mujer hay que escribir «blandengue»; hay que ser sincero y verdadero, directo, natural; exacto. (¿Crees, Andrés, que te hice caso a partir de entonces?) Y me citabas en tu casa «ya que tú no podías venir a la mía». Fuí con mi padre el primer domingo después de tu carta, en aquel trenecito que iba lentísimamente de Cartagena a Los Blancos pasando por La Unión. ¡Qué emoción, qué latir del corazón de poco más de dieciséis años ante la visita al escritor admirado por todos, y con el doloroso prestigio de su dolencia incurable! Entramos mi padre y yo a tu cuarto lleno de libros, donde tú estabas sentado en un ángulo cercano a tu cama, rodeado de Pepita que como un mar de amor te convertía en isla de luz para todos.

A partir de aquel domingo, yo no sé cuantos más, quizá todos durante años, fuimos a verte. Era mi fiesta después de toda la semana trabajando en la Oficina de Delineación de la Constructora Naval donde estuve cinco años, los más tiernos de mi juventud. Ya empezaban los diarios locales a recoger mi modesta colaboración; se me dedicaban cosas... Un Municipio sensible a su deber para con los humildes bien dotados —y aquí, mención de gratitud, que no es la primera ni será la última, para aquellos hombres de aquel Ayuntamiento de Cartagena— me había asignado una pequeña subvención (matrículas y libros) a fin de que pudiera yo hacerme maestra; pero antes, en una cosa amiga, el dueño quiso que un señor cuyo nombre era Córdoba, militar si mal no recuerdo, leyera algo mío: y aquel señor Córdoba dictaminó: «esta señorita no sabe Gramática», lo cual era verdad. Te lo dije, Andrés, ¡y qué voz la tuya, tan salvadora! «Vd. ha-

rá gramática y los Srs. Córdoba la aprenderán!», contestaste. Nos reímos, claro, pues tu madurez de talento y tu cultura sabían que aquello no podría ser así, pero tu piedad y tu afán de que yo no me achicara te dictaban aquel consuelo, que, naturalmente, no me alejó sino que me acercó a la Gramática. ¡Cuántas horas me aburrí luego, en seguida, en la clase de ella en casa de un sabio gramático cartagenero! Hasta que un sacerdote muy sagaz supo echar bien los cimientos del amor a la ciencia del lenguaje, en mi corazón. Dios se lo pague.

Los domingos, a La Unión. Entonces tú eras solamente toda tu familia: tu padre, aquel anciano de ojos tan azules y dientes tan blancos; tu madre, aquella señora de voz tan maravillosa, del acento más suave cordobés; tus hermanas, una de ellas siempre presente y la otra sólo entrevista... Para tí hablé por vez primera en Radio Cartagena (¿Era E. A. 17?), porque fué María a buscarme de parte tuya una noche. Para tí dí una conferencia en el Ateneo de Cartagena, que te dediqué con el título de «Voluntad». Cartas, poemas, ¡cuántas cosas hice por tí y para tí! Cuando tuve novio—tú conocías a todos mis pretendientes y yo te hacía sonreír contándote mis querellas de adolescente—mi novio era tu amigo también. «Hay que tomar la felicidad», me aconsejabas en cierta ocasión en que yo te revelaba que había la posibilidad de sacrificar a otra muchacha si yo hacía caso a su novio; «¿acaso no lo haría ella en puesto suyo?» Pero sonreíste, contento, cuando te dije que yo no sería capaz de tomarme nunca nada que hiciera daño a los otros..!

Andrés, no son veinticinco años los que yo recuerdo, no; son muchos más; porque hace veinticinco años lo que yo supe fué tu muerte y ahora te estoy hablando de la vida. Hace veinticinco años, una noche de invierno muy feo llegó mi novio a verme, y subiendo la escalera de mi casa me dijo, angustiado: «¡Carmen! ¿Sabes que Andrés se ha muerto..?» El muchacho, aunque sabía nuestra amistad no podía esperar, ni yo misma acaso, el profundo, el desgarrador duelo de mi alma ante tu muerte.

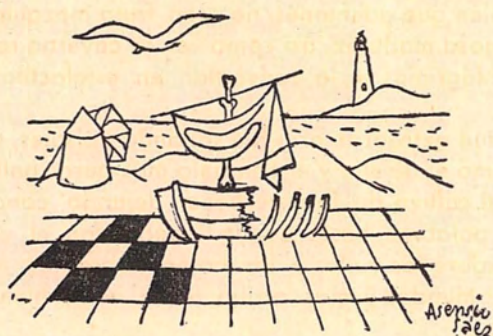
Y fué algunos años después, casada ya, cuando al volver a aquella casa tuya que yo no podía pisar sin estremecerme de pena, encontré, ¿te acuerdas?, repartida otra vez por su ámbito tu voz. Ahora estaba en la garganta de María, ahora salía de entre los labios jóvenes de María, la química, la muchacha que estudiaba ciencias mientras Pepita me abría paso a tu habitación donde todos soñábamos con la libertad para tus miembros.

¡Dios mío, cómo se quiere a los que han acompañado lo más puro de nuestra vocación! Soy fiel, soy tenaz en mis querencias. La amistad es sagrada para mí, como lo es la fe y la poesía. Tu nombre, tu memoria, amigo mío Andrés, va unida a lo que nadie borrará nunca: mi entrega, mi incorporación a la poesía.

Cuando ya María nos acompañó, tú sabes cómo te quise en ella y cómo todos los tuyos son míos por tí.

Y ahora, este recuerdo de tu muerte... Ahora, lejos ya de la juventud, de los sueños que compartí contigo, estos 25 años. ¿Hay, de verdad, tiempo? ¿Es el tiempo este mirar de fechas y este sordo golpear del corazón contra la ausencia inevitable? ¿Dónde están los crepúsculos en los cuales «era tan grande el esfuerzo del sol por no morir de todo, que estaba la luz llena de dolor de cansancio?» ¿Qué ha sido de aquellos domingos llenos de alegría, yendo en un tren pequeñísimo y tontísimo, junto a mi padre, otro ausente que no me abandonará tampoco, hacia tu casa de Bailén 10, donde luego yo buscaba una habitación lúcida y azul de ojos fanáticos de poesía, como éramos tú y yo?

No lo sé, Andrés; no sé nada. Soy tu amiga Carmen, tu fiel amiga



C A R M E N C O N D E

EN LA CARCEL DEL CUERPO

...Y llegaron para Andrés Cegarra los días en que no le fué posible más actividad que la del pensamiento. Entonces le palpitó el alma con mayor avidez al asomársele a los ojos, y en estas ventanas de su cárcel corporal encendía la chispa de lumbre donde quemaba sus ansias de servir a Dios. Fueron apareciendo también, poco a poco, las cenizas de sus ensueños y sus ilusiones; pero él no las mantenía en desolación, sino que las aventaba con el tenue soplo de la sonrisa resignada y buena.

Haciendo pareja con la inercia de su cuerpo inmóvil, mostrábase la fuerza y agilidad del pensamiento. Ocultas fontanas de aguas milagrosas lo bañaban y hacían lozano y floreciente; altas claridades lo esperaban para envolverlo al levantarse, y así mecíase en plenitud de anchura, de azul, de inmensidad gloriosa...

El temía, al estarle vedadas tantas felicidades, que las dolorosas ligaduras pudieran extender todavía más su cerco; creía que «sus cuentos, sus prosas, sus parvos poemas, no eran sino bocetos de poemas, de cuentos o de prosas»; y lo exacto es que con ellos rompía las argollas que lo apretaban, y se alzaba a sí mismo con su firme palanca de la fe. No eran, pues, sus escritos propósitos no logrados, ni gestos más bien que ademanes; no eran fruto mezquino, sino que se daban en jugosa madurez, así como «en la caverna resonante que era su alma las lágrimas se le convertían en estalactitas, maravillosamente...»

Con tal virtud extraordinaria fué soñando paisajes, seres y escenas; y tanto como el deleite y el consuelo más puros hallaba en esto la razón para el cultivo de la esperanza, dejando conocer, con el engarce de las palabras, hasta donde llegaba con el vuelo de sus pensamientos: sobre los vulles y los mares, sobre los montes y las nubes, entre los mundos y más arriba, hasta verse humillado a las plantas de Dios.

ANDRÉS CEGARRA, EDITOR

Me aguardaba a media tarde, ya sentado en su sillón. (Cada movimiento para dejar el lecho, el simple roce de la sábana, un puro alarido extrangulado de dolor; y así todos los días),

Una blanca y sencilla alcoba; en el balcón, las anchas y despeinadas hojas de un plátano, mecidas por el aire mineral.

—¿Qué hay, «Docesal»?

Le llamaba, en broma, por su segundo apellido, del revés. Sonreía. Un brillo de malicia, de ternura, en sus ojos miopes. (Aún podía girar los brazos, leer, escribir; aún los dientes pregonaban, defendían su juventud).

—Ahí tienes esas cartas... Han traído las pruebas de la imprenta...

Y la pomposa, ingenua, mínima, descomunal EDITORIAL LEVANTE, comenzaba a funcionar. Ni timbres, ni teléfonos, ni máquinas de escribir. Ni siquiera una mesa, esa mesa inevitable en cualquier despacho. Las pruebas se corregían, la correspondencia se despachaba a pulso, sobre el mármol de la mesilla de noche, con una pluma de colegial. Y de allí partían ideas, requerimientos, estímulos, hacia los más apartados rincones de la provincia. De vez en vez, en nuestra tarea, una frase feliz, un comentario. Risas, carcajadas. ¿Risas, carcajadas? Sí; me olvidaba yo, se olvidada él mismo de que allí, a unos pasos, en la antesala, una visita silenciosa, puntual, sombría, inescapable, espiaba el momento de entrar.

Un libro tras otro. Un boletín literario. Firmas de autores conocidos, las primeras emociones líricas de los poetas jóvenes.

Prestigio, admiración, fama. Desfile por la EDITORIAL de artistas selectos, de tipos estrafalarios. Más tarde, la presencia diaria, efusiva, animada, irónica, de Andrés Conesa, de Martínez Tomás, de Antonio Ros... ¡Conmovedora «foto» de los cuatro en torno al desaparecido!

Tomaba Andrés muy en serio su papel de editor. Cualquier retraso de la imprenta, cualquier errata, le irritaban. Pero su asombroso dominio de sí mismo, su excepcional don de gentes, dulcificaban en seguida su expresión. Incluso gustaba mezclar a veces, cuando estábamos solos y no le leía (pues me animaba a leerle con frecuencia), para llenar algún silencio, pequeñas puerilidades que nos entretenían como a chicos o canturreábamos una improvisada melopea; descendía también de buen grado a hilvanar refranes en la fiesta de fin de Año, en reñida competencia con nosotros cuatro; y los suyos eran siempre los más intencionados, los más punzantes y graciosos.

Y un día... Grandes, pesadas zancadas por la escalera. Una figura gigantesca: bigote y perilla mosqueteril, cabello gris, amplio chambergó. Notable profesional en actividades técnicas, industriales, pero

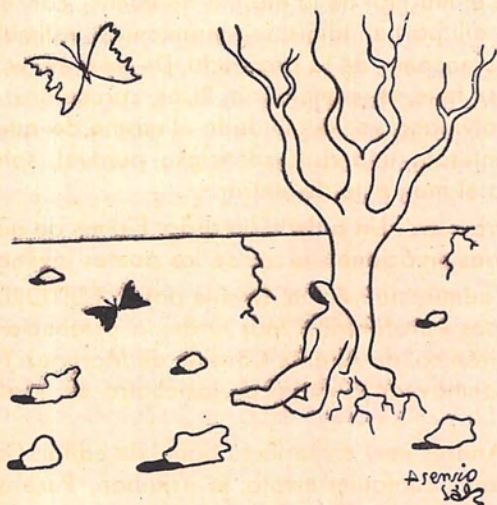
intoxicado, ¡ay!, por el morbo del teatro. Innumerables, amenazadores mamotretos, asomando por los descomunales bolsillos.

—Vengo a leerle una trilogía... Total, nada: nueve actos. Verá usted; es algo original...

Y comenzó a leer:

—«Porque los partidos gubernamentales y los no gubernamentales...»

Yo pude escapar a tiempo. Pero Andrés, no.



P E D R O G A R C Í A V A L D É S

A N D R É S C E G A R R A

La enfermedad subía por su cuerpo como una marea negra. Primero le paralizó los pies, luego los brazos. Mas dos cosas tenía muy altas Andrés Cegarra, para que el oleaje las sumergiera de súbito: el corazón y el cerebro. Estos quedaron arriba, como dos islotes, rodeados de muerte por todas partes, pero todavía vivos y latentes. Así, cuando yo lo conocí, Cegarra era lo más puro y representativo del hombre: pensamiento y sentir únicamente. Todo lo demás no es que fuese accesorio en él, es que ya no existía. Hablar con Andrés, era algo que emocionaba porque rara vez el espíritu se presentaba en un humano, tan puro y tan próximo. Andrés era un alma cercana ya a la ascunción. Se le sabía presto al nudo eterno, pronto a romper la triste cárcel de su existir.

Le oí hablar. Lo que nunca le oí fué dictar. Pero ¿dictaba Andrés? No, no, en vida no dictaba. Su brazo, era su hermana María. Su brazo y su pluma misma. María hizo el milagro de la prosa de Andrés. Si al escritor que se vale de sí mismo se le escapan las ideas de la mente a la mano, ¿qué fatal entrega no sería la de María, para que ese hilo de la palabra y de la frase no se perdiera desde la mente de de su hermano hasta la mano de ella? María, Andrés. He aquí dos nombres unidos en la fraternidad de la sangre y en la del espíritu. Andrés, en verdad no dictaba su mensaje. Lo redactaba. Porque Andrés y María eran un solo ser espiritual y mental.

Es ahora cuando dicta Andrés. Ahora, cuando está sumergido en el mar tenebroso de la muerte todo el ser del escritor, María, su hermana, es escritora. Y éste es el doble legado de Cegarra. El de su propia obra y el de habernos dejado alguien que también escribe hoy, cosa que antes del óbito fraternal, no sucedía. Todo, todo lo ha roto la muerte. Pero ese hilo sutil que unía al hermano y a la hermana subsiste. Ella, a solas, y aquí abajo, sigue «escuchando» a Andrés que está allá arriba y que parecè dictar todavía desde su sillón.

A N T O N I O O L I V E R

ANDRÉS CEGARRA Y LA UNIÓN

Andrés Cegarra Salcedo antes de morir tuvo un ímpetu alucinado de lo que La Unión podría ser. Sería.

Andrés Cegarra era un espíritu que quizá ya no era más que eso, antes de morir: espíritu.

Andrés Cegarra en sus horas mejores de serenidad y olvido de que se iba a morir escribió sueños y páginas que han quedado impresas.

Recuerdo una de esas páginas describiendo sus visiones o entrevisiones marinas: «Os encontrais un macizo como de tintas pardas, sucias, y es todo de maravilloso nácar que los ácidos pueden descubrir. Los ónices parecen pedacitos de alabastro de rara transparencia. Hay bulimos rojos como una gota de sangre, como un ascua, otros son como espuma petrificada. Los albos nautilos se rayan de ocre, y las conchas ciprinas recuerdan la piel del tigre... Los estrombos jigantes se erizan de marmóreas puntas, y la nerina de color de carne...»

Este Andrés Cegarra Salcedo, tuvo antes de morir un ímpetu alucinado sobre lo circundante, de su pueblo. En un folletito editado en 1920 sobre «Las causas productoras de la crisis» en La Unión, Andrés Cegarra hizo resonar su voz como la de un profeta sobre ruinas desérticas. El había visto la grandeza de La Unión. El contempla entonces —1920— su servidumbre y aniquilamiento.

Andrés Cegarra — en ese ímpetu de puro espíritu que perfora lejanías — lo sueña todo para La Unión de un Estado potente y hercúleo de España.

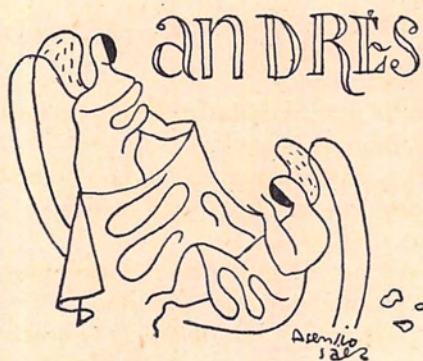
«¡Una legislación minera modificada! ¡Un mercado nacional del plomo! ¡Un fluido eléctrico barato! ¡Un banco minero! ¡Vías de comunicación! El ferrocarril estratégico de Cartagena a Cabo de Palos, de La Unión a Torrevieja. Hacer de Los Alcázares una base de aviación, dragar el Mar Menor —y la gran línea del Sudeste de España de Málaga a Valencia! Y sobre todo —en la social y nacional— sueña Andrés Cegarra no la federación de los patronos, sino una agrupación gigantesca integrada por todos los patronos y por todos los obreros que actuase con energía no interrumpida y que siendo un organismo potentísimo, exigiera esas cosas justas y necesarias».

Andrés Cegarra soñó La Unión en pleno sentido de unión, unitivo, al compás de una España unida, corporal, incorporada, corporativa: una España de cíclopes y titanes, resurrecta en un alba clara y triunfal. ¡Pobre Andrés Cegarra! ¡Sonó tan lejos...! ¿Tan cerca?

A N D R É S , M U E R T O

¿Fué de lluvia fría aquella tarde en que te fuiste
o desnudaba el sol la piel de los espejos
de tu casa?
¿Te sorprendió la sábana y el mármol
o sabías que aquel árbol guardaba en su cintura
las maderas más dulces de tu ataúd?
Habías trocado el azul de la mañana libre
por el seco paisaje, sin abril, de tu cuarto,
castillos de oro por muralla de naipes,
con musgo de ruínas.
Y a lo lejos la túnica del mar,
el verde tierno de los parques,
las voces potentes de los sanos.
Entre rosales, las novias de los otros.
Cómo debió dolerte aquella primavera,
hecha ceniza entre los dedos.
Hoy, ¿con quién compartes tu mesa y tu palabra?
¿Por qué rumbo, sin meta y sin orillas,
ya rotas tus amarras, navegas?
¿Qué llamas, hogueras, soles,
olvidadas las sombras,
incendian tus pupilas,
y qué ola de mar, perdida, que aquí no halló tu torso,
envuelve ahora tu memoria?
Ya no te conocería aquel amigo con nombre de ave,
con su carga de caracolas y de sueños,
«Gaviota» sin alas,
que se fué a pescar una tarde a las estrellas,
ni los retratos antiguos de tu alcoba,
ni aquel perfil de luna dormido en tu balcón.
Porque eres un muerto.
Tan difícil decir: un muerto.
Donde ayer la flor de la garganta,
hoy el hueco y la ceniza helada.
Donde ayer jardines rojos,
hay la hierba creciendo sobre el hueso.
Al fin la luz.
Al fin, tú en pie y un largo camino a recorrer.
Por dentro de tus piernas, la nueva sangre
en paso de corzo o arcángel estrenada.
Un muerto.
Como «un inmenso trueno, sonando en una flauta»,
la voz de Dios se rompería

contra tus muros.
En tu noche, el gran Farol del mundo,
dorando tu camino.
Un muerto a cambio de tu historia de muchacho
que amó la rosa de los vientos,
el paso firme sobre la gracia de la piedra.
Tan difícil decir: un muerto. Si, tan difícil decirlo.
Pero tú nos esperas.
Porque nosotros no seremos
hasta que como tú seamos,
y tu calle sin nombre, sin número ni tiempo,
nuestros pasos aguarda.



A S E N S I O S Á E Z G A R C Í A

PROSAS DE ANDRÉS CEGARRA

EL VALLE

Por lo más hondo reptaba el río. El valle es ancho, circular, encintado de eminencias, humildes y gredosas hacia una banda, ásperas y enriscadas por la otra parte, la del Sur. El río es humilde, de caudales magros, que en estío se soterran en una arena de oro, retostada, desértica; bajo su ardiente capa movediza, queda escondido el húmedo tesoro, que vuelve a ver la luz en los primeros días otoñales para copiar los fastuosos crepúsculos de púrpura, de fuego, de ámbar, de topacio. Son aguas gordas, rojas, sucias, que sedimentan en las jarras una costra de almagre. Y en los remansos trémulos, donde el río quiere detenerse para alongar su vida, ya miedo del mar, parecen sus caudales una emulsión de sangre y cielo...

Ambas riberas nutren a los rizomas de las cañas, de foliación en bayoneta, y a las malélicas adelfas, y a los esbeltos juncos y mimbreras que hace vibrar la brisa con agrarios silbos. Sobre esta flora a ras de agua, se levantan—caen en desmayo triste—las ramas de los sauces, y el grupo musical de los grandes álamos con los troncos leprosos y las hojas temblantes. Vencido ya el talud del cauce, breves cuevas gemelas, comienza el naranjal que huele a novia en desposorio, el naranjal maravilloso cortado por viales de moreras artificialmente desnudas. Aquí y allá se abre la apretada fronda, y otros árboles en fruto, de un verde nuevo y delicado que no conoce el invierno, que ha nacido de besos del sol marzal, arraigan en los huecos del bosque oscuro y nevado de azahares y allí van hinchando los cálices de sus flores hasta hacer de ellas pomas.

Cuando la tierra se empuja en promesa de monte, deja de recibir el halago del río. Entonces brotan de ella los contorsionados troncos del olivar, con la empolvada plata de sus copas, y los finos almendros que el sol de enero cubre de rosas impacientes. Y si la tierra insiste en la empinada, y la promesa de monte llegar a ser realidad, abren los pinos sus sombrillas verdes para encubrir los afloramientos de piedra silícea, armazón y esqueleto de las cumbres. Más arriba, las fibras del esparto sirven de pobres cuerdas de arpa al rabioso viento de montaña. Y en lo cimero, los galayos desnudos, que saben hendir con sus cuchillos de pedernal el fofo vientre de la tormenta. Desde los pétreos lomos, se adivina el Mediterráneo, lontanamente, como una condensación de cielo...

¡Oh, el gran manto de cielo que cubre este paisaje, la limpia y comba lámina de zafiro que es su fanal! Sólida agua azul de lagos irreales. Por ella, dulcemente, bogan los cisnes de unas nubes...

La tierra, enamorada del alto azul, quiere llegar hasta él, apasionadamente. Se levanta la sierra con ese loco intento. Mas cansada muy pronto del esfuerzo de cíclope, se hunde en los precipicios, se deprime en barrancos pavorosos... Y la llanura, entonces, intenta herir al cielo con las puntas de lanza de los cipreses o el verde surtidor de las palmeras...

PROA TAJANTE

Se la llevó el blanco navío para nunca volver. ¡Mar adentro, proa tajante! Hinchábanse de brisa las panzas de las velas, graciosas combas níveas como pechos de gaviota... ¡Proa tajante, mar adentro!

¿Por qué no hice de mi corazón trémula navecilla, raudo esquiife rojo, breve barco de coral? Lo hubiera propulsado la hélice del cariño, mar adentro, proa tajante...

SILENCIO

Está lejos, pero... Vaya este soplo, como el aire, por encima del mar.

Este amigo, de pronto, sin interés, de una manera laxa, quizá tan sólo por llenar el silencio, os pregunta:

—¿Te acuerdas?

¡Ciencia prodigiosa y difícil del disimulo, colosal esfuerzo íntimo para frenar el corazón, sismo del alma cuyas convulsiones no estremecen el músculo más pequeño del imposible rostro! Sencillamente respondéis:

—No.

Y otra vez el silencio, con su invisible garra.

PALABRAS

Algunas palabras son duras, como bloquecillos pétreos, no sé por qué. Si breves, suenan a estampido; si largas, a redoble marcial. Recién nacidas, estas voces debieron semejar diamantes facetados. Pero caídas en el torrente del idioma, bataneadas por el uso, las aristas se han pulido hasta borrarse: el poliedro magnífico se ha cambiado en guija de arroyuelo.

DESILUSIÓN

¡Oh, desencanto, cruel ponzoña, cómo has entrado en mí! ¡Qué inútil, qué ridículo, este pobre empeño de transmutar en literatura mi dolor!...

LA RAMBLA

La rambla es ancha, ancha como un río ecuatorial que se hubiera quedado seco. Pasan años y años sin que discurra una vena de agua por este formidable cauce, hondo y estrecho en la sierra lejana; ancho, ancho aquí en la llanura desnuda y abierta. Durante muchos

meses del año, la arena de la rambla se halla tan caliente como la del desierto: si la cogéis entre los dedos, antes de huir culebreando, os quemará como un hierro al blanco. En vano buscará el pájaro o vosotros el hilo trémulo de una fontana en el pedregal de este lecho. Si estáis en su centro, y los taludes marginales os vedan la visión de los pobres cultivos en los campos propíncuos, y es julio o agosto, podéis creerlos en el Sahara.

Paraíso de los logartos, estas piedras quemadas y calientes. Piedras preciosas, esmeraldas, los ojuelos de estos animales fríos y rápidos, enanos de los saurios, caricaturas de cocodrilos, cocodrilos venidos a menos en el enorme río seco que es la rambla.

Hace mucho tiempo, uno, dos, tres siglos, las hermosas montañas donde la rambla nace, estaban vestidas de bosque, traje suntuoso de pinos y de encinas que los hombres del llano fueron arrancando a girones. En toda la cuenca de la rambla sólo queda un pino muy viejo, arrugado como un labriego de noventa años empeñado en vivir. Por carcomido y escleroso, el único hombre del llano que no ha emigrado todavía lo desprecia desde su casuca. Pero este invierno sin lluvias arreciará el frío; una mañana transparente, con cuchillos de helada en el viento, el último hombre del llano abatirá al último pino del monte, venderá su cadáver y se marchará lejos en la bodega hedionda de un barco de emigrantes.

Ahí quedará la rambla ancha, ancha como un río ecuatorial que se hubiera quedado seco. Un otoño cualquiera lloverá por cinco años en una sola noche. La rambla transformada en río verdadero arrastrará a la abandonada casuca borrando toda huella de trabajo y de humanidad en el páramo que hace uno, dos, tres siglos tenía fontanas con risa de agua corriente y huertos con risa de hombres felices, cuando la hermosa montaña vestía su traje de encinas y de pinos.

EL ESPARTO

Esta fibra de esparto, seca, rígida, esa fea fibra de esparto, ¡cómo se agarra a la peñota, a la entraña de granito del galayo! En la suma altura el galayo orgulloso se levanta con audacia inmóvil. Y en todo su corpachón milenario y durísimo, sólo ha podido ese esparto hincar el largo, fino diente de su raíz. Medrados jugos los que da la piedra, y así ha nacido ese vegetal ahilado, tenso y punzante como la hipertrofia de una espina. Mas ¡qué maravillosa cuerda de arpa esa espina hipertrofiada, allá arriba, en el seno de la orgía de los vientos! El viento del norte, el de tierra, el del páramo, el viento del ocre y de los caminos, el viento febril en estío y glacial en invierno, el viento de la sequía y del polvo, el viento sucio, hace llorar al esparto, de calor, de frío, de asco, de sed. El viento del sur, el del mar, el viento mediterráneo, el viento del agua y del azul, siempre tibio

como una respiración humana, el viento que trae la dulce niebla y el regalo de la salina humedad, el viento sano y limpio hace cantar al esparto gozosamente de bienestar y de alegría. La cabezota pétreo del galayo no comprende lo que dice esa humilde voz, y se empeña en tapar al esparto la bella visión marina. Y no piensa el coloso en que la fina raíz le va mordiendo lentamente el dorso de granito, hasta quebrarlo en un fracaso de alud.

¡Al fin ladera abajo con estruendo de trueno los cien pedazos de la cumbre! El esparto quedará arriba, frente al mar, cantando la canción del aire tibio, húmedo y salino, cantando dulcemente, como una cuerda de arpa, sin saber lo que ha hecho...

VERANO

La herradura de arena de la playa enlaza los dos promontorios de rocas negras. En esta barrera repetida, las olas se dejan su rabia para llegar domesticadas, sin fuerza ni furia, a la alfombra de finos topacios donde se clavan las patas de los barracones estivales. Delante de ellos, en el agua mansa, cabecea la escuadrilla de las barcas pesqueras. Y está varada una de las naves, en jubilación de vejez, tendida sobre un costado como una bestezuela herida e inútil.

Ya no sirve esta barca para nada; también como saltaba sobre las olas, en el deshecho temporal, y sorteaba la barra en quiebros ágiles, y sabía dar al viento la gran ala de su vela. Ahora ya, no es más que un armadijo de maderos podridos.

Día de calma. Bochorno espeso. El mar está durmiendo la siesta. La luz del sol es lumbre. Los hombres que faenan en las redes sudan penosamente. Esta damisela de la ciudad, vestida de tenues telas, gime bajo el agobio del tremendo calor. El agosto del Mediterráneo, es un poderoso horno encendido.

Y bajo la sombra escuálida de la barca inútil, su viejo patrono, rumiando añoranzas, vuelto de espaldas al mar, tiembla de frío.

INVIERNO

Ahora, y todo el año, y siempre, nieva en mi corazón.

NOCHE DE SEPTIEMBRE

Si el equinoccio no adelanta uno de sus inconscientes zarpazos, estos primeros días de septiembre son el más bello regalo que el año puede hacernos. Tiempo de madura plenitud, tiempo en sazón perfecta, de jugosa pulpa frutal; y en su corazón, la amarga almendra del otoño presta a germinar poderosamente.

Ha perdido ya el cielo ese blanquecino esmeril, humaredas de

horno, que le puso la canícula, y de nuevo tiene el gran zafiro su magnífica transparencia. En las albas y en los ocasos palpita una promesa de colorísimos rojos. Y por todo se diluye una melancolía balbuciente, una tristeza recién nacida, gota de acíbar en la miel que acaso por esto nos parezca más dulce.

Cuando la noche ha cubierto a la tierra con sus alas corvinas, una inmensa paz lo baña todo como agua inmóvil. ¡Qué deleite entonces, dejarnos a la espalda la ciudad epiléptica y meternos campañá adentro, por los rizados caminitos rurales que no se sabe dónde von!

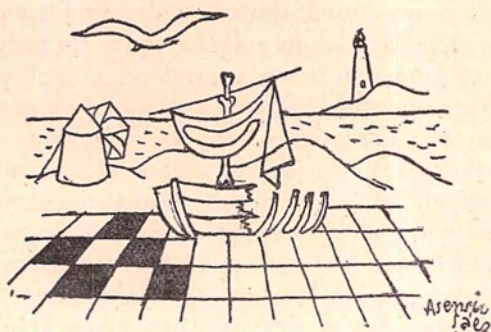
Por ambas márgenes del sendero caprichoso, quieta tropa de arboledas dobladas con la dulce carga de las pomas. La tenue luz de las estrellitas apenas basta para envolver las cosas en un resplandor de luciérnaga; mas ya está aquí la bonachona, mofletuda luna, derrochando su plata impalpable; ella sabe afilar las dos lanzas de nuestra mirada, que vuela hasta el paredón lejano de una sierra, por encima de la mañana de los huertos o de la carcava del río. En lo más sumido de la fosa fluvial había unos harapos de niebla con el propósito de parecer fantasmas; se disuelven, asustados por la luz astral. Un ave de presa, ojos fosfóricos y blando plumaje, corta las sombras con un chasquido largo y descendente, de seda que se rasga. Y el cielo nos parece la frente enorme de un Polifemo negro y descomunal, porque se abrió del todo esa pupila de la luna. Y por ese agujero blanco se han puesto a soplar unos ángeles trasnochadores: brisa. El fino viento trae en sus brazos el perfume de las toronjas verdes todavía, el aliento de las apopléticas granadas, el áspero olor de los membrillos anémicos, como si el tiempo hubiera abierto su arca de coloso para cambiar las vestiduras exiguas del verano por un prieto ropón. Todo callaba como dormido, y oíd al instante los murmullos que se alzan en coro; nadie sabrá nunca traducirlos fielmente, y dá gozo escucharlos, sin embargo. El silbo de los pinos es el ensayo de una música de flautas; los domesticados naranjos dicen abonico cosas lentas y sesudas; unos álamos se entretienen en imitar con cierta maña el ruido de un chaparrón; y las tiasas, cañas rubias, con sus plumeros grises y sus hojas cortantes, ¡qué escándalo han movido, qué chismorreos de vecinas en el mercado, cuánta fantástica mentira se han puesto a contar con prisa, todas a la vez!

Con esto, lógicamente, se asustó el vientecillo descolgado desde la luna y allá se fué trotando hasta los montes, para esconderse como alimaña herida, en sus cuevas profundas. ¡Bajará cualquier día robusto y vengativo, hallándolo todo con sus cien mil pezuñas invisibles, y tronchará las cañas, y los naranjos y los álamos como si fuésen cañas también!

Ahora, ¡qué silencio! En sus pausas, sentimos el monorritmo fresco del río, casi exangüe, ladridos de canes vigilantes, un estridor de élitros, y cuando se cansan estas voces desconcertadas, de aquí el

compás de nuestro corazón, que piensa ser el centro del mundo, soberbiamente. ¡Y ruedan, en la altura millones de astros!

De modo inesperado, apagan y encienden rojos faroles en aquel temeroso rincón celeste: relámpagos. Y un escalofrío de miedo sacude a la campiña como un sismo. Las palmeras, esas verdes arañas encaramadas en lo sumo de sus finos troncos, ven desde sus atalayas lo que acontece al otro lado del confín, y poseídas por el más grande pánico, se ponen a cabecear diciendo, al mismo tiempo «sí» y «no». Por aquella celeste rinconada, tan temerosa, ha metido el otoño la punta horrible de su bestial hocico.



Este libro se acabó de
imprimir un día de pri-
mavera del año 1953.



EDITORIAL



LEVANTE